

El Sanador

Dr. Justo L. González



El Discípulo 2.3 (7 de 13)

Mateo 9.27-34; 11.2-6

17 de enero de 2010

Tema: Evidencias del Mesías**TEXTO ÁUREO**

«Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio».
—Mateo 11.5

CRISTO: EL CUMPLIMIENTO**El Sanador****RVR****VP****Mateo 9.27-34; 11.2-6**

27 Cuando salió Jesús, lo siguieron dos ciegos, diciéndole a gritos: —¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!

28 Al llegar a la casa, se le acercaron los ciegos y Jesús les preguntó: —¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: —Sí, Señor.

29 Entonces les tocó los ojos, diciendo: —Conforme a vuestra fe os sea hecho.

30 Y los ojos de ellos fueron abiertos. Jesús les encargó rigurosamente, diciendo: —Mirad que nadie lo sepa.

31 Pero cuando salieron, divulgaron la fama de él por toda aquella tierra.

32 Tan pronto ellos salieron, le trajeron un mudo endemoniado.

33 Una vez expulsado el demonio, el mudo habló. La gente se

Mateo 9.27-34; 11.2-6

27 Al salir Jesús de allí, dos ciegos lo siguieron, gritando: —¡Ten compasión de nosotros, Hijo de David!

28 Cuando Jesús entró en la casa, los ciegos se le acercaron, y él les preguntó: —¿Creen ustedes que puedo hacer esto? —Sí, Señor —le contestaron.

29 Entonces Jesús les tocó los ojos, y les dijo: —Que se haga conforme a la fe que ustedes tienen.

30 Y recobraron la vista. Jesús les advirtió mucho: —Procuren que no lo sepa nadie.

31 Pero, apenas salieron, contaron por toda aquella región lo que Jesús había hecho.

32 Mientras los ciegos salían, algunas personas trajeron a Jesús un mudo que estaba endemoniado.

maravillaba y decía: —Nunca se ha visto cosa semejante en Israel.

³⁴ Pero los fariseos decían: —Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios

Capítulo 11

² Al oír Juan en la cárcel los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos

³ a preguntarle: —¿Eres tú aquel que había de venir o esperraremos a otro?

⁴ Respondiendo Jesús, les dijo: —Id y haced saber a Juan las cosas que oís y veís.

⁵ Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio;

⁶ y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí.

³³ En cuanto Jesús expulsó al demonio, el mudo comenzó a hablar. La gente, admirada, decía:

³⁴ —¡Nunca se ha visto en Israel una cosa igual!

Capítulo 11

² Juan, que estaba en la cárcel, tuvo noticias de lo que Cristo estaba haciendo. Entonces envió algunos de sus seguidores

³ a que le preguntaran si él era de veras el que había de venir, o si debían esperar a otro.

⁴ Jesús les contestó: “Vayan y díganle a Juan lo que están viendo y oyendo.

⁵ Cuéntenle que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de su enfermedad, los sordos oyen, los muertos vuelven a la vida y a

⁶ los pobres se les anuncia la buena noticia.

Introducción

Empiece la lección colocando en sus contextos los dos pasajes que vamos a estudiar en ella.

El primero aparece en el Evangelio inmediatamente después de la historia de la hija de Jairo. En brevísimas palabras, repase esa historia con el grupo. Explique entonces, como hacemos en la sección ANÁLISIS DE LA ESCRITURA, que el texto mismo parece dar a entender que se refiere a acontecimientos que tuvieron lugar cuando Jesús iba camino a casa de Jairo, y por tanto en medio del episodio de la hija de Jairo—es decir, entre la apelación de Jairo a Jesús y la llegada de Jesús a casa de Jairo.

El segundo nos lleva de nuevo a Juan el Bautista. Explique que éste se encontraba preso por orden de Herodes, y que ahora en la prisión se pregunta si Jesús será el Mesías cuya venida ha estado anunciando. A diferencia de otras personas en los Evangelios que se preguntan quién es Jesús para criticarle o para restarle autoridad, Juan manda a averiguar acerca de Jesús en la

esperanza de que éste que anda predicando, sanando y confrontando a las autoridades sea en realidad el Mesías esperado.

Pase a explicar que en estos dos pasajes tenemos tres historias: la dádiva de la vida al ciego, el don del habla al mudo, y la pregunta de Juan con la respuesta de Jesús. Estos pasajes tienen en común dos dimensiones paralelas: por una parte, la cuestión misma de los milagros y de la compasión y misión de Jesús; y, por otra, el modo en que las gentes responden a los milagros y el modo en que Jesús quiere que respondan: Jesús quiere que los que antes fueron ciegos callen; pero ellos proclaman lo que Jesús ha hecho. Los fariseos, al ver a Jesús sanar la mudo, le buscan una «explicación teológica» al milagro, de tal manera que no tengan que aceptar ni seguir a Jesús. En el último pasaje Jesús pone sus milagros como evidencia de su misión, pero al mismo tiempo señala que para algunos todo esto bien puede ser piedra de tropiezo.

Análisis de la Escritura

Mateo 9.27-34; 11.2-6

El pasaje trata de dos milagros que al parecer tienen lugar antes de lo que se narra anteriormente. El v. 28 dice que fue «al llegar a la casa», y no da más explicaciones en cuanto a qué casa se trata. Al leer el pasaje que antecede vemos que es la casa de Jairo. (Aunque Mateo no dice su nombre, sino que se refiere a él sencillamente como «un dignatario». El nombre de Jairo nos es dado en Mc 5.22 y Lc 8.41.) Ahora bien, si en el v. 28 vemos que lo que se cuenta sucedió «al llegar a la casa», debe haber tenido lugar antes del milagro de la hija de Jairo. Luego, cuando en el v. 27 vemos que esto aconteció «cuando salió, esto no quiere decir cuando salió de la casa, sino cuando salió hacia ella. Aparentemente, el evangelista no desea interrumpir la historia de Jairo y su hija, y por ello prefiere terminar esa narración antes de contarnos lo que sucedió mientras Jesús iba camino a casa de Jairo.

En el v. 27, se nos cuenta que en ese camino a casa de Jairo, dos ciegos comenzaron a seguir a Jesús, gritándole que por favor les sanara. En cierto modo lo más interesante de sus gritos no está en que piden la vista, sino en que llaman a Jesús «Hijo de David». Ese título tenía connotaciones políticas peligrosas, pues era uno de los títulos por los que se llamaba al Mesías esperado, que muchos creían libraría a Israel del yugo romano y restauraría el trono de David. Luego, el grito de los ciegos no es sólo un clamor pidiendo un milagro, sino que es también un anuncio de algo que Jesús no está listo a declarar todavía. (Muchos eruditos señalan que ni siquiera a sus discípulos Jesús les declara que Él es el Mesías, sino bastante más tarde, en Mt 16, como veremos en otra lección.) Esto

es lo que se llama «el secreto mesiánico», y es por eso que Jesús les dice a los dos ciegos que no cuenten lo sucedido—mandato que los ciegos, aparentemente por alegría y por gratitud, no obedecen.

Inmediatamente («tan pronto ellos salieron», v. 32) Jesús se enfrenta con otro enfermo. Si los otros dos eran ciegos, éste es mudo. También a éste Jesús sana. El resultado es que las gentes se maravillan. Fácilmente podríamos imaginar que tales milagros conven- cerían a todos los presentes.

Pero lo cierto es que quien no quiere creer no hay milagro que le convenza. Siempre es posible encontrar una explicación. En este caso, los fariseos lo explican diciendo que los milagros de Jesús son el resultado de su alianza con el diablo: «Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios» (v. 14).

Estas dos historias se entrelazan por dos temas, uno más obvio que el otro. El primero es el tema de los milagros mismos. Aquí vemos la compasión de Jesús y su poder para sanar. Jesús se ocupa no solamente de las cuestiones que hoy llamaríamos «religiosas», sino del bienestar de la persona toda. El segundo tema, aunque no tan explícito, no es menos importante. Este es el tema de quién es Jesús, y cómo es que las gentes llegan a creer en Él. En el primer caso, los ciegos, que ni siquiera pueden verle, le llaman «Hijo de David», identificándole así como el Mesías prometido. En el segundo caso, los fariseos, que sí pueden ver y han visto los milagros de Jesús, pero que no quieren creer, explican esos milagros diciendo sencillamente que son obra del demonio.

Estos dos temas aparecen también en el segundo pasaje que estudiamos hoy (Mt 11.2-6). En este caso no se trata de algún milagro particular, sino de todo el ministerio de Jesús. Juan el Bautista está en la cárcel, donde poco después sería muerto por orden de Herodes. El Evangelio nos ha presentado a Juan como heraldo del Mesías. Juan no está seguro de que Jesús sea ese Mesías, y por tanto envía a dos discípulos a preguntarle si Él es el Mesías. (Juan mismo no puede ir, pues está preso.) El dramatismo de la pregunta se realza si recordamos que Juan ha estado anunciando la próxima venida del Mesías. ¡Por fin se van a cumplir las esperanzas de Israel! Ahora Juan está preso, y posiblemente sospecha que pronto ha de morir. ¿Será que en Jesús se está cum-

PROPÓSITO

El propósito de la lección de hoy es ayudarnos a entender los milagros de Jesús en tres niveles. Primero, los veremos como acciones de compasión—no como anzuelos para «pescar» a la gente. En segundo lugar, veremos que los milagros de Jesús son señales de su victoria sobre los demonios. En tercer lugar, veremos que esas dimensiones de los milagros de Jesús como sanador son ejemplo y pauta para nuestra propia acción en la sociedad en que vivimos.

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

I. Los temas comunes a las tres historias:

- A. Los milagros. Los ciegos, el mudo, las palabras de Jesús a los discípulos de Juan.
- B. Posibles respuestas a los milagros.

II. Lo que más frecuentemente mueva a Jesús a hacer un milagro es su compasión.

III. Lo que esto significa para nuestras acciones en la sociedad.

- A. No son para que la gente crea, sino señal de compasión.
- B. Las gentes responderán de diversos modos: gratitud, dudas, críticas, oposición.
- C. La compasión puede ser costosa, pero sin ella no hay vida cristiana.

pliendo la promesa? ¿Será que Juan tendrá el gozo de saber que el Prometido ha venido antes de su propia muerte?

La respuesta de Jesús es interesante, pues contesta la pregunta sin responder a ella. No le dice, «Sí, yo soy el Mesías, el que había de venir». De otro modo sí les dice que Él es. En lugar de invitarles a creer porque Él lo diga, les ofrece un listado de las cosas que están sucediendo por obra de Jesús, y deja en manos de Juan y de sus discípulos el decidir lo que todo esto quiera decir. En otras palabras, Jesús les dice que con sólo mirar lo que está aconteciendo verán que efectivamente Él es el Mesías, pero no se abroga ese título todavía.

La lista de las cosas que Jesús está haciendo es interesante. Se trata de varias condi-

ciones físicas que Jesús deshace: la ceguera, la cojera, la lepra, la sordera, y hasta la muerte. Todas éstas son condiciones del cuerpo individual de la persona. De todas ellas Jesús se compadece, y a todas ellas responde. Pero hay también la dimensión del mal que no es individual, sino que es el resultado del orden social. El principal de éstos es la pobreza. Acerca de esto, Jesús tiene algo que decir: «a los pobres es anunciado el evangelio». Puesto que para nosotros hoy «el evangelio» es lo que predicamos, nuestra tendencia inmediata es a pensar que Jesús está hablando de eso, pero Jesús está hablando de buenas nuevas para los pobres. Esas buenas nuevas son la promesa del Reino de Dios, que es reino de justicia donde por tanto los pobres ya no lo serán. Jesús está sanando a los sordos, los mudos y los cojos; y también les está diciendo a los pobres que Dios les salvará de su condición.

Todo esto culmina en la frase final del pasaje: «bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí». Con esa frase se ata el nudo que une todo lo que estamos estudiando. Siempre es posible hallar tropiezo en Jesús—es decir, negarse a creer en Él, en cuyo caso el mismo Jesús se vuelve piedra de tropiezo en nuestro camino. Los ciegos, sin ver, ven que Él es el Mesías. El mudo habla, y muchos de quienes le escuchan se maravillan. Pero los fariseos se niegan a

creer. Ellos ven; ellos escuchan al mudo; ellos conocen las Escrituras que anuncian al Mesías, pero se niegan a creer. En lugar de ello, encuentran excusas y explicaciones—hasta explicaciones teológicas: «Por el príncipe de los demonios echa fuera demonios». Y ahora, en respuesta a la pregunta de Juan, Jesús afirma que todo lo que Él está haciendo es señal de quién Él es; y que quien crea en Él es bienaventurado, mientras quien se niegue a creer no verá en Él más que un obstáculo en el camino.

Una vez más, lo que une los dos pasajes son los dos temas que comparten. Primero, el poder de Jesús sobre las fuerzas del mal y su compasión hacia quienes sufren bajo el yugo de esas fuerzas. Segundo, el secreto mesiánico, que sólo le es revelado, no a quien sea religioso—como los fariseos—sino a quien tenga ojos para ver—como los ciegos.

Aplicación

Muy frecuentemente pensamos que el propósito principal de los milagros de Jesús es que quienes los vean crean en Él. Por eso nos sorprende el hecho de que frecuentemente en los Evangelios—como en el texto que estudiamos hoy—Jesús

VOCABULARIO BÍBLICO

DEMONIO: En el texto de hoy encontramos la idea de que es un demonio lo que hace que un hombre sea mudo. Eso puede crearnos problemas a los modernos, quienes nos hemos acostumbrado a pensar que ya sabemos qué es lo que produce las enfermedades—gérmenes, sicosis, desequilibrios químicos, genes, etc. Sin embargo, sin dejar a un lado todo lo que hemos aprendido sobre las causas de las enfermedades, tenemos que reconocer que eso no explica la razón del mal. Si es la desnutrición, por ejemplo, lo que causa una enfermedad, todavía tenemos que preguntarnos qué es lo que causa la desnutrición. Si decimos que la avaricia de algunos causa la desnutrición, todavía sigue la pregunta, qué es lo que causa la avaricia. A la postre, tenemos que reconocer que el mal tiene dimensiones misteriosas, que en última instancia no podemos explicarlo. Eso es lo que quiere decir la Biblia al hablar de demonios. No son diablitos con cuernos y tridentes. Son el modo de reconocer que hay rebelión contra Dios y contra el bien, y que esa rebelión es tan enigmática que no podemos explicarla. Lo que es más, si pudiéramos explicar el mal ya no sería tan malo. Pero, si no podemos explicar ni entender el origen del mal, sí podemos proclamar su fin, la victoria final de Jesucristo. Es hacia esa victoria final que apuntan las historias en los Evangelios en las que Jesús se enfrenta a los demonios y los vence.

RECOMENDACIONES EDUCATIVAS

Entre las recomendaciones educativas que pueden servir de guía para el desarrollo efectivo de la clase, están las siguientes:

- Lo que se dice en el VOCABULARIO BÍBLICO sobre los demonios y el misterio del mal puede aclararse haciendo sobre el mal preguntas interminables, como las que hacen los niños. Pregúntele a la clase si no han tenido la experiencia de algún niño o niña que les pregunta, «¿Por qué...?» Y cuando usted le contesta vuelve a preguntarle, «¿Por qué...?». Entonces plantee la misma pregunta sobre un mal ficticio cualquiera. Diga, por ejemplo, que un joven fue muerto por un conductor que manejaba borracho. Pregunte entonces por qué murió. Si le dicen que porque el conductor estaba borracho, pregunte por qué estaba borracho. Si le dicen que porque tomó, pregunte por qué tomó. Y así sucesivamente. A la postre resultará claro que en última instancia la pregunta de por qué el joven murió no tiene respuesta final. Y es precisamente eso lo que hace que el caso sea particularmente trágico y terrible. Si pudiéramos explicar la razón última de la muerte del joven, ya con ello encontraríamos que el mal no tiene tanta fuerza. Pero el hecho es que no podemos. Es algo terrible, trágico, misterioso. Es por eso que la Biblia habla del «misterio de la iniquidad»—misterio que algunas personas tratan de deshacer explicándolo, o diciendo que el «misterio de la iniquidad» es tal régimen, o tal gobernante, o tal ideología. La verdad es que el misterio es inicuo precisamente porque no tiene explicación. Es a esa dimensión misteriosa del mal que la Biblia se refiere al hablar acerca de los demonios. Lo que los Evangelios dicen es que Jesús es el vencedor de todos los demonios del mal.

sane a alguien y le ordene que no se lo cuente a nadie. Esto quiere decir que de algún modo tenemos que ampliar o corregir nuestra visión del propósito de los milagros de Jesús.

En cuanto a esto, lo primero que hay que decir es que frecuentemente en los Evangelios se dice explícitamente que Jesús hizo algún milagro por compasión. El propósito del milagro no es entonces probar nada, sino librar de su sufrimiento a alguien que sufre.

Esto tiene implicaciones para el modo en que la iglesia entiende su ministerio hoy. De igual modo que Jesús no hizo milagros como actos publicitarios para que las gentes creyeran, así tampoco debemos hoy hacer actos de compasión para que las gentes crean. Recuerdo desde niño, cuántas veces escuché discusiones sobre si se debía continuar o no tal labor social, pues las personas a quienes se servía no se convertían ni venían a la iglesia. Hoy me pregunto si prestábamos servicios para responder a las necesidades de las personas, o como una carnada en la cual encubrir el anzuelo de la conversión. Me pregunto

también si no sería que, como algunos peces listos, las gentes no mordían porque veían que lo que se les ofrecía no era sino carnada. Tomaban mordiditas de lo que les dábamos, pero no tragaban el anzuelo. La iglesia sirve a la comunidad porque sirve a un Señor de amor, a un Señor que no vino para ser servido, sino para servir. Cuando hacemos del servicio a la comunidad un mero modo de atraer a las personas o de ganar popularidad, no estamos siendo fieles imágenes de este Señor a quien servimos.

En segundo lugar, es bueno entender por qué Jesús muchas veces les decía a las personas a quienes sanaba que no divulgaran el hecho. Se nos olvida que Jesús vivía en una tierra conquistada y colonizada por el Imperio Romano. Ese imperio no estaba dispuesto a tolerar movimiento alguno en sus provincias que pareciera poner en duda la autoridad romana. Por eso la sedición era uno de los crímenes más fuertemente castigados. Dadas tales circunstancias, la predicación y las acciones de Jesús—y sobre todo darle el título de Mesías—eran peligrosas. En fin de cuentas, fue por eso que los romanos crucificaron a Jesús—por proclamarse, o porque otros le proclamaran, Rey de los judíos. El «secreto mesiánico» que aparece en los primeros capítulos de los Evangelios debe entenderse con ese trasfondo en mente. Jesús no ha de proclamarse Mesías—ni de permitir que otros lo hagan—hasta tanto no llegue el debido momento para esa acción. Por eso, al devolverles la vista a estos ciegos, Jesús les ordena que no le digan a nadie lo que ha sucedido. Por lo mismo, según va avanzando el ministerio de Jesús, resulta cada vez más claro que a la postre todo esto lo llevará a la cruz. Jesús sana a los enfermos, les da la vista a los ciegos, y les predica buenas nuevas a los pobres, por compasión, pero sabiendo que con ello arriesga la vida.

También esto tiene algo que enseñarnos respecto a nuestro ministerio hoy. Con harta frecuencia, cuando en alguna iglesia se considera la posibilidad de tomar alguna acción, se piensa menos en los necesitados a quienes debemos servir que en el prestigio y bienestar de la iglesia misma. Lo que debemos preguntarnos no es qué pensará la gente de la iglesia o de nosotros y nosotras, sino qué es lo que podemos hacer por las personas necesitadas, aun cuando esto no nos traiga las consecuencias que quisiéramos.

Esto es importante, porque oponerse a los poderes del mal siempre provoca controversia y oposición. Al darles la vista a los ciegos y el habla al mudo, Jesús se estaba arriesgando a que se le condenara como sedicioso. Lo que es más, muy probablemente una de las principales razones por las que los fariseos no querían creer en Él era que no querían que se pensara de ellos como sediciosos. En las difíciles condiciones políticas de Palestina en el siglo primero, los fariseos procuraban caminar en una especie de cuerda floja, sin colaborar abiertamente con el Imperio Romano y su cúpula social y

política, como lo hacían los saduceos, ni oponérsele abiertamente, como lo hacían los celotes. Pero ahora se les presenta Jesús haciendo milagros. Si los fariseos declaran que esos milagros son señal de que Jesús es el Mesías, sufrirán graves consecuencias. Por eso prefieren decir que los milagros de Jesús son del diablo.

Algo semejante sucede hoy. La verdad es que toda acción de obediencia, de fe, de amor, de paz y de justicia se opone a los poderes del mal—a los poderes de desobediencia, de incredulidad, de odio y de injusticia. Por tanto, inevitablemente producirá controversia. Lo peor del caso es que esa oposición muy posiblemente redundará en perjuicio nuestro, como los milagros de Jesús redundaron en perjuicio para Él. Dadas tales circunstancias, lo más fácil es, ante cualquier acción de compasión o de servicio que pueda crear dificultades, decir que es controversial, y que la iglesia y sus fieles no debemos meternos en eso. En tal caso, empero, debemos preguntarnos si no estamos tomando actitudes semejantes a las de aquellos fariseos que buscaban razones para no seguir a Jesús porque era controversial, y porque seguirle podría redundar en su propio daño. Se inventaban explicaciones para no tener que responder a las acciones de Jesús: «Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios».

Todo ello nos lleva a lo que Jesús les responde a los discípulos de Juan. Jesús no hace milagros para que la gente crea en Él. Sus milagros no son por «show» o por aspaviento. Son por compasión. Pero con todo y eso sus milagros son señales de quién es Él. Jesús no les devuelve la vista a los ciegos o la voz a los mudos para que la gente crea en Él. Cuando Juan le pregunta, Jesús le responde señalando hacia todo lo que está aconteciendo en su ministerio.

De igual modo, aunque la iglesia no sirve a la comunidad para que la gente crea su mensaje, si la iglesia no sirve a la comunidad su mensaje no es creíble. Cuando le preguntan sobre quién Él es, Jesús responde que los ciegos ven, los cojos andan y a los pobres se les proclaman buenas nuevas. Cuando el mundo que nos rodea se pregunta quién es la iglesia, no basta con que le digamos que somos gente religiosa, o gente buena, o que predicamos el mensaje de Jesús. Es necesario que podamos decir también que las mujeres que sufren de violencia doméstica encuentran en la iglesia un nuevo hogar, que los niños maltratados encuentran amor, que los pobres y los hambrientos reciben comida, recursos y esperanza.

¿En qué modo nuestra iglesia muestra el poder de nuestro Señor para vencer las fuerzas del mal? ¿En qué modo muestra la compasión de ese Señor? ¿Qué puede hacer cada uno de nosotros y nosotros para manifestar a la vez la compasión y el poder de Jesús?

Resumen

- Al estudiar los milagros de Jesús como sanador, debemos notar ante todo que Jesús no hace tales milagros para que la gente le admire. Al contrario, cada uno de esos milagros provocará más oposición, y a la postre le llevarán a la cruz. Jesús hace sus milagros por compasión, por responder a las necesidades humanas.
- Esas necesidades a que Jesús responde no son solamente necesidades espirituales, sino también físicas y sociales—curando a los ciegos, y limpiando a los leprosos.
- De igual modo, como seguidores de ese Jesús, nuestras obras de servicio a los necesitados han de tomar en cuenta la totalidad de sus necesidades—enfermedades, miseria, explotación, ansiedades, soledades, etc. Y, como en el caso de Jesús, nuestra motivación no ha de ser que se nos respete o que se respete a la iglesia, sino practicar con otras personas la misma compasión que Jesús ha practicado con nosotros y nosotras.
- Cuando tal hacemos, nos veremos frecuentemente envueltos en controversia, porque el mal, como bien indica el tema mismo de los demonios, es misterioso y poderoso. Al mismo tiempo estaremos dando testimonio de ese Jesús que les respondió a los discípulos de Juan diciéndoles que sus obras de compasión eran señal de su identidad y ministerio. Al practicar la compasión en imitación de la de Jesús, no sólo damos testimonio de su compasión, sino que también nos unimos a su misión, a su sufrimiento y a su victoria.

Oración

Venimos ante Ti, Señor, que caminaste por el mundo haciendo bien y confrontando y derrotando los poderes del mal, ante todo para darte gracias porque Tú has sido y eres nuestro sanador. Pero también venimos ante Ti para rogarte que nos des la visión y la convicción para que podamos dar nuestro propio testimonio de tu misericordia en nuestras relaciones con toda la sociedad que nos rodea, y así anunciar tu victoria sobre todos los poderes del mal. Amén.

LECTURAS DEVOCIONALES PARA LA PRÓXIMA SEMANA

Lunes

Juan 11.38-44

Miércoles

Mateo 14.22-33

Viernes

Mateo 5.43-48

Martes

Mateo 6.5-8

Jueves

Mateo 19.13-15

Sábado

Mateo 21.18-22